

“Una catástrofe en 1810”

D[omingo] R[evilla]

Como señala el título, el lector se encuentra ante una de las muchas catástrofes que pudieron haber ocurrido durante la primera etapa de la guerra de Independencia. Lo importante de la narración histórica que se presenta es mostrar las repercusiones de un suceso histórico en las vidas de las personas comunes y corrientes de la época, en este caso, las víctimas del ejército realista, brazo armado del régimen que representa un freno para la emancipación política del país. Pese al carácter legal de la sentencia a la que están condenados los protagonistas, ya que es inobjetable que han atentado contra los intereses de la Corona, el posicionamiento de la narración está del lado contrario, del de la libertad, representado por el ejército insurgente y sus caudillos. Visto desde el momento en el que fue escrita, la obra viene a mostrar que este tipo de sucesos se hubieran evitado de no existir traidores a la patria, entendidos tanto como el soldado que lucha por una causa equivocada, Félix María Calleja, o como el oportunista, que aprovechando el estado de excepción, busca el beneficio propio, y para ello no le importa sacrificar lo que sea, como en el caso del falso amigo.

La composición melodramática decanta el bien y el mal, los hace fácilmente identificables y sirve para acentuar los rasgos físicos y psicológicos de los personajes. Ángel, el hijo criollo de un hacendado español, decide unirse a la causa del padre Hidalgo. Se encuentra con Isabel, la sobrina de Abasolo. Tras ser herido durante la Toma de la Alhóndiga, batalla en la que se desenvuelve valientemente, postrado en su lecho habla de casarse con la joven. Mientras convalece, un “amigo” intenta seducir a su amada, pero, el intento fracasa. Eso no impide que la pareja celebre su matrimonio. A la llegada de los realistas, Ángel es escondido por Isabel; sin embargo, es delatado por su

“amigo”, quien consume así su venganza. La pareja es conducida ante Calleja y es sentenciada. El traidor intenta convencer a Isabel de aceptar su amor para salvarla del cadalso, pero ella lo rechaza nuevamente. Cuando el padre de Ángel llega para interceder por ellos, el general realista no muestra piedad alguna:

En ese instante se presentó a Calleja el padre de Ángel, que había temido por su hijo, de quien ignoraba la pronta ejecución, y confiando en la antigua amistad que había tenido con él en San Luis Potosí. Calleja se hallaba rodeado de una multitud; sin embargo de ella, por ser español el padre de Ángel pudo llegar hasta donde estaba aquel, y le dijo:

—Amigo, concédeme la vida de mi hijo y de su esposa, o si no aquí está la mía. ¿No me conocéis? Salvadlos, y cuanto valgo y poseo está a disposición del rey y de vos.

—¿Cómo os atrevéis a mentar al rey su majestad, vos, el padre de un rebelde, de un insurgente, de un hereje? Quitaos de mi presencia antes que vayáis a acompañarlos.

Como un detalle macabro que acentúa el carácter desalmado del militar, le son presentadas las cabezas de los jóvenes al anciano, quien muere de la impresión.

La brutalidad de la represión ejercida por el régimen en contra de sus enemigos es mostrada en el texto de Domingo Revilla a través del drama de un joven que, haciendo a un lado su origen, decide unirse a una causa justa que además presenta dos caras que se confunden y llegan a formar una unidad: el amor por Isabel y por la patria. Su valentía es tan grande como la de su esposa. Es el propio Hidalgo el que expresa la promesa de una sociedad más justa:

—Ya lo presentíamos —exclamaba el cura de Dolores—. Ánimo, mi buen amigo, y tengamos confianza en el Supremo Autor de las sociedades. Nuestros sentimientos son puros y nobles, ellos germinarán, y mañana a esta hora muchos corazones latirán como los nuestros. No hay que perder tiempo; el cielo nos guiará.

Sin embargo, el tinte romántico de la historia, que busca despertar la reprobación de la oposición a la emancipación de la sociedad mexicana, conduce la narración hacia un destino trágico, susceptible de indignar al lector, quien atestiguará la feroz actitud del Calleja, retratado como un ser cruel, despreciable y sádico, un númen de la muerte que se solaza en la destrucción:

Un cuarto de hora después ambos habían sido conducidos al cadalso levantado frente a la habitación de Calleja. No se esperaba para la ejecución más que los que hacían de verdugos concluyesen con otros ajusticiados. Guanajuato estaba lóbrego y reinaba un espanto sepulcral; las voces de las víctimas, los gritos de aquella soldadesca obscena e infernal aumentaban el pavor; el ángel del exterminio recorría aquellos lugares e inspiraba a las almas de aquellos tigres que no se saciaban con tanta sangre.

Los dos personajes anónimos que protagonizan este episodio de la gesta nacional tienen el mismo destino que los grandes héroes de la Independencia, cuyas cabezas fueron expuestas para escarmiento de la sociedad en las esquinas de la Alhóndiga de Granaditas. Al respecto de Ángel, Adriana Sandoval, en *Literatura e historia. Comentarios a algunas narraciones mexicanas del siglo XIX, de tema histórico* (México: UNAM, 2018), afirma que “así son los verdaderos patriotas, es la implicación: no se humillan, se mantienen fieles a sus principios y a la causa de su país, incluso al borde de la muerte”. Es el caso de ambos personajes. Sin embargo, como se observa en esta obra, la desgracia no sólo recae en ellos, sino también en el padre, un ejemplo que considera también como víctimas de la guerra a las familias de los muertos, aspecto que,

generalmente, no se tiene en cuenta al momento de narrar los eventos de una guerra.

Uno de los fragmentos más destacados del texto es la descripción de la algarabía popular ante el hecho revolucionario, la sociedad pareciera desperezarse del letargo y cobrar nueva vida:

El sol había recorrido un tercio de su carrera, cuando la plaza, las calles y las casas presentaban un espectáculo jamás visto; todos hablaban con desembarazo, todos presentaban un semblante risueño en medio de los transportes de una alegría enteramente nueva. La atmósfera misma parecía más pura, como si la naturaleza por su parte quisiera celebrar este acontecimiento. Los circunstantes, conferenciaban unos, otros protestaban; todos estaban afanados por la reunión de hombres y de armas; los vecinos todos tenían un mismo deseo, un mismo ardor: el patriotismo los animaba, y la uniformidad de su pensamiento hacía que cada uno obrase con una actividad sorprendente. Diversos correos parten y llegan: la noticia del suceso se propaga como la electricidad: indígenas candorosos e inocentes vuelan a postrarse a los pies de su pastor y a hacerle ofertas hasta de su vida. En la plaza hacían oleadas las diversas reuniones. El concurso era numeroso, y repentinamente se ve a la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe colocada en un estandarte, y se le proclama por la patrona de la América. A los vivas de esta Imagen y de Hidalgo, y algunos mueras de los europeos, los grupos de rancheros y de indios se aumentan: aquellos con su aspecto rústico o indómito, vestidos con sus cueros, calzones y botas de campana, adornadas en algunos con varias piezas de plata, llenas de deformidad, y sus sendos sombreros, estaban mal armados. Los indígenas con sus hondas y garrotes llevaban una estampa de aquella Imagen en sus sombreros. Todos expresaban el júbilo de que estaban poseídos e introducían una confusión con sus estrepitosas voces, que no permitían escuchar la voz de los que habían improvisado por sus jefes, ni aun del mismo Hidalgo.

En fin, después de algún trabajo por parte de este y de algunos caudillos, logró hacerse entender.

Se trata de una obra que formó parte de la segunda época de la *Revista científica y literaria de Méjico Publicada por los antiguos redactores del Museo mejicano*, publicación que salió de la imprenta de José Mariano Lara y sucedió el camino de *El Museo mexicano* (1843-1845). Revilla compartió las páginas con personajes de la talla de Guillermo Prieto, Manuel Payno, Ignacio Ramírez, Luis de la Rosa, José María Esteva, por señalar algunos. A su tarea de difusión del conocimiento se sumó su interés, como señala su prospecto, por “examinar con frecuencia el nuevo giro que se dé a la literatura, y las variadas formas y caracteres con que aparecen los escritos literarios”. De su autor en realidad se tienen pocos datos. En la “Breve noticia del autor” del volumen *Obras del Lic. Manuel G. Revilla México* (México: Imp. de V. Agüeros, 1908), hijo del autor, se menciona de él que pudo haber “heredado la inclinación al estudio y al cultivo de las letras” y se afirma que fue “coetáneo y amigo de los señores Payno, Roa Bárcena, del Collado y Prieto (D. Guillermo); publicó muy estimables trabajos literarios en los periódicos ilustrados de México del segundo tercio del pasado siglo, tales como *El Mosaico Mexicano*, *El Liceo*, *El Museo Mexicano* y otros de la misma época. distinguiéndose por lo conciso de la expresión y el interés de los asuntos que trataba”.

Estos datos vienen a sumarse el testimonio de Guillermo Prieto quien, en *Memorias de mis tiempos* (México: Conaculta, 1992), señala que “el minero rico, pasante aprovechado de jurisprudencia, que emplazaba su examen por imponerse de marchas y maniobras de los cuerpos de ejército, hacerse amigo de los jefes y hacerse amateur de la vida de cuartel y campamento”; era “patriota entusiasta, instruido como amateur en la ciencia militar, amigo de todos los jefes de reputación, conecedor de todos los combates y sus peripecias, adorador de la crónica de cuartel, impetuoso y de corazón más noble y caritativo que puede imaginarse”.

Abierto opositor al régimen de Santa Anna, fue el primero en hacerse cargo de *El Monitor Republicano*, en tanto que Vicente García Torres había sido desterrado a causa de la censura: “Los redactores del periódico resolvimos entonces, constituirnos responsables por turno, uno de cada número del periódico, comenzando por D. Domingo Revilla, quien fue amonestado por la policía lo mismo que los otros redactores”, señala Prieto.

Aunque de menor notoriedad que su hijo, quien fue miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, este autor se destacó como una de las célebres plumas cuyo texto forma parte de los *Episodios históricos de la guerra de Independencia* obra editada por Victoriano Agüeros en la Imprenta de El Tiempo (1910) que agrupó a una nutrida recopilación de textos de Lucas Alamán, José María Lafragua, Manuel Payno, Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano, Juan de Dios Peza, Vicente Riva Palacio, sólo por mencionar algunos de ellos.

Sergio Hernández Roura

Instituto de Investigaciones Bibliográficas

Biblioteca Nacional de México / Hemeroteca Nacional de México